



Relatos

366

144

SOY SU HOMBRE

–Vengo por lo del anuncio en la taberna– dijo un pequeño holandés de fina voz aguda y maneras pulidas y refinadas.

Ramírez, el mediano barbado, le miró conteniéndose la risa.

–Mañana a primera hora al final del muelle. Venga usted sólo– acertó a decir.

* * * *

A media mañana el Español y el Holandés se adentraban en el mar a golpe de remos.

–No eres muy hablador ¡eh!– exclamó Ramírez mientras batía el remo rompiendo el silencio.

–No señor, muy poco.

–Te vendrá bien para el trabajo. Necesitamos un vigía para nuestras incursiones en estos mares. Y también deberás de ser explorador cuando pisemos tierra firme. En estos días que corren de filos y trabucos no es un trabajo fácil. La vida en el mar la irás aprendiendo pero si eres o no el indicado para subirte a lo alto del palo mayor hay que verlo.

–A varios nudos de aquí –continuó– se esconde un pequeño archipiélago de islas. Tendrás que averiguar cuándo fue la última vez que estuvieron habitadas. Afina tu diagnóstico pues tienes competencia ¿Alguna duda?

–No– respondió Van Neilen.

Tras él una isla colonizada por un denso manto de jóvenes árboles se extendía desafiante.

* * * *

Ramírez se alejaba con la barca en la distancia perdiéndose en el horizonte. El cielo perdía brillo y fuerza revelando un plácido, cálido y anaranjado atardecer.

Van Neilen caminó por la playa esquivando los restos de un fuego .

El holandés se quedó contemplando las brasas y el humo, pensativo.

* * * *

Tres semanas después que Van Neilen contemplara los restos de la hoguera un joven y atractivo Inglés llamado Stevens, apoyado sobre una mesa de madera recibía a un orondo galo.

–Soy su hombre– soltó el tremendo francés de sopetón.

–Relájese Golle y tome asiento.

El francés se agachó lenta y trabajadamente. En el momento que la silla sintió toda su fuerza se astilló cabreada en innumerables pedazos y Golle probó el suelo.

–Bueno, los piratas de los mares del sur tenemos cosas que hacer hoy, estúpido y gordo gabacho. Si quieres ser nuestro vigía tendrás que decirnos cuánto tiempo hace que la isla en la que te dejamos estuvo poblada.

–Cinco años– respondió rápidamente.

–Así que cinco años ¿eh? No será porque lo has leído aquí –dijo Stevens separando un pergamino– ésta es la carta que nos envió un gobernador de la costa sur Italiana fechada a 5 de Agosto exhortándonos a marcharnos de sus mares para proteger las grandes fortunas. Lo que usted ha visto es el cinco de la fecha.

–Lo lamento –continuó el Inglés– el puesto no es para usted aunque se considere nuestro hombre, bola de sebo.

El gran francés se giró dirigiéndose hacia la salida.

Sin mediar apenas un instante su cuerpo yacía en el suelo dentro de un saco con restos de sangre.

–Lo siento boca sin control pero no puedo dejarte ir así como así después de lo que sabes. Los tiburones darán buena cuenta de ti y no nos molestarán mientras enterramos tesoros en el mar.

* * * *

El Inglés miró al atractivo joven que traspasaba el umbral de la puerta siendo iluminado por la lámpara de aceite.

–Puede sentarse, señor...

–Giuseppe Quintanelli, para servirle.

–Un placer, pipiolo.

–¿Tiene algo para beber?

El Inglés le miró. Sus ojos delataban extrañeza pero también una sorpresa agradable.

–Hans, tráele algo de vino a este spaguetti– voceó Stevens.

* * * *

Varios tragos más tarde surgió el motivo neurálgico de la conversación.

–¿Puede decirme cuánto hace que la zona fue ocupada?–le preguntó Stevens mientras se levantaba.

–É difficile, má due, cherto, due giornale

El Inglés caminaba cerca de Giuseppe. Cuando éste terminó de hablar le propinó un tremendo puñetazo.

–Vio la hoguera ¿Eh? Pensó que la isla había sido ocupada hace poco. Ni tan siquiera comprobó el resto de la zona en busca de otros restos.

El italiano le miró asustado.

–No tengas miedo –dijo Stevens mientras le colocaba unos grilletos en sus manos– necesitamos caras con buena presencia para nuestros tratos cuando compramos y vendemos en tierra y para cuándo hay que robar.

* * * *

Van Neilen se sentó dónde el Inglés le sugería.

–¿Y bien?¿Hace cuánto que la isla fue poblada?–preguntó Stevens con cierta desgana.

–Hace entre ocho y nueve años.

–¿Estás seguro?

–Completamente.

El Inglés cerró el libro que consultaba y continuó hablando.

–El último prisionero murió allí hace ocho años y cinco meses día arriba o abajo. El puesto de vigía es tuyo– le dijo el Inglés sonriente y satisfecho.

–¿No quiere saber cómo lo supe?

–No. Nadie excepto nosotros sabe de la existencia de éstas islas. Es usted el candidato idóneo.

* * * *

Tres semanas antes que Van Neilen y Stevens se conocieran el holandés aun daba vueltas y más vueltas por la isla, desesperado.

Pasaban los días y no encontraba pistas.

Cuando el día oscureció cortó ramas de los árboles para hacer fuego que lo calentase durante la noche.

A la lumbre del fuego el holandés se quedó pensando mientras miraba las ramas cortadas que le habían sobrado y una idea pareció calentarle el rostro más que las llamas del fuego.

Al día siguiente Van Neilen buscó las más altas ramas cortadas de los árboles y trepó hasta una de ellas.

Una vez arriba contó los anillos concéntricos que éstas tenían. Eran cincuenta y dos.

Con gran paciencia cortó una de las últimas ramas del mismo árbol dónde había trepado para contar los anillos. Cuando la rama del gran tronco cayó contó sus anillos concéntricos. Eran un total de sesenta.

Dado que cada uno de los anillos concéntricos marcaban un año humano el holandés calculó, sesenta años tiene la rama actual y cincuenta y dos años tenían las últimas ramas que los presuntos últimos pobladores cortaron.

La diferencia era de ocho años.